

## *GÉNERO, CUERPO Y PODER. A PROPÓSITO DE LA MANIPULACIÓN DISCURSIVA*

Jesica Ortiz Genoud / Universidad Nacional de San Juan

---

*“Estos últimos años, en París, la cuestión del lenguaje como fenómeno ha dominado los sistemas teóricos modernos, las ciencias llamadas humanas, y ha penetrado en las discusiones políticas de los movimientos de lesbianas y de liberación de las mujeres. Se trata de un campo político importante en el que lo que se juega es el poder o, más bien, un entrelazamiento de poderes porque hay una multiplicidad de lenguajes que producen constantemente un efecto en la realidad social”.*

(Monique Wittig, 2006: 45)

En su ensayo *“El pensamiento heterosexual”*, Monique Wittig destaca la acción política del lenguaje, los efectos ideológicos, los poderes que se ponen en juego y por los cuales se juega, se lucha. Su ojo se centra sobre las diferentes formas discursivas con las que se amparan determinadas ideologías, ordenamientos y categorizaciones. Discursos sobre el inconsciente, la moda, el intercambio de mujeres, en suma, un discurso estructuralista que suministra una traducción científica de la realidad, donde los sujetos se analizan como invariantes y el espacio donde se enuncian las “verdades científicas” se presenta como apolítico. Con respecto al prefacio queremos acotar que en la teoría de los actos de lenguaje, el lenguaje es realidad social y cultural. No pueden disociarse como causa y efecto sino que hay que analizarlos como una conjunción de estrategias de manipulación y persuasión que siempre son discursivas y se complican o se resuelven discursivamente.

Centramos nuestra atención en dos puntos. Por un lado, analizamos la relación entre lenguaje, ciencia y poder. Encontramos en el texto de Wittig una crítica epistemológica respecto a determinados principios de los cuales parte el discurso estructuralista. Un planteo que cuestiona la evidencia, poniendo de manifiesto el poder que reside en el discurso científico y el modo en que éste se filtra en la sociedad por medio de la universalización de conceptos. Por otra parte, examinamos el lenguaje como dispositivo de poder. Los discursos heterosexuales como regímenes políticos que

permiten la administración de cuerpos y la normalización de identidades sexuales como control político sobre la vida.

Atengámonos al primer punto. Encontramos en el ámbito del saber, en el discurso científico, una serie de reglas protectoras que intentan preservar el contenido de tal discurso de toda contaminación social. Pensemos en Hans Reichenbach y su distinción entre contexto de justificación y contexto de descubrimiento. Así, para el filósofo de la ciencia, mientras el contexto de justificación alude a los criterios que las hipótesis deben satisfacer para ser aceptadas en el ámbito científico, el contexto de descubrimiento se refiere a los procesos psicológicos y sociales que tienen lugar durante el proceso en que los científicos generan nuevas ideas o hipótesis. De allí que para Reichenbach solo tenga relevancia científica la lógica infalible de la prueba y la justificación, entretanto los factores sociales, políticos, económicos, institucionales y las relaciones de poder que en ellos se suscitan, no manifestarían cuestiones lógicas-epistémicas y, por tanto quedarían relegadas.

Nos encontramos ante la asepsia de los enunciados científicos que se nos presentan como inmunes y desvinculados de los conflictos sociales. Pues al parecer, el científico al realizar su oficio se coloca el traje de la objetividad y se olvida de su lugar de pertenencia. Un investigador apolítico, que solo busca descubrir la verdad por amor a la sabiduría y que llega a ella por medio de su método incontaminado de ideología o de pre-juicios y presupuestos previamente adoptados. Ésta es una visión ingenua de la ciencia, pues el científico no descubre verdades sino más bien las inventa, las postula, las construye y en el proceso de su invención asoman discursivamente toda una serie de intereses que no solo atañen al campo científico sino también a sus propósitos antropológicos fundamentales que configuran un enfoque, una orientación y una función sociocultural. Pensemos en los acuerdos y negociaciones que se llevan a cabo entre ciencia, estado y empresas que subsidian determinados proyectos posibilitando el triunfo de los mismos y llevando al fracaso a otros tantos.

Consideramos necesario desacralizar la discursividad científica, irrumpir el ámbito de lo sagrado tal como lo expresó Bloor en su programa fuerte (Bloor, 1998). Cuestionar los principios que se presentan como indemostrables por ser el fundamento de toda explicación. El discurso científico no queda exento de los mecanismos que intervienen en su producción y en la constitución de verdades. Una revalorización del contexto de descubrimiento posibilita entender el *qué*, el *para qué* y el *para quién* de una investigación. Pues, toda investigación está anclada en un contexto que da cuenta de

las decisiones del investigador. Es por ello que desde un enfoque pragmático la división efectuada por Reichenbach se torna insostenible, la línea se desdibuja, los contextos se confunden.

*El pensamiento heterosexual* de Wittig es un ejemplo de cuestionamiento y disputa de los principios del discurso estructuralista. Su propósito, mostrar lo que se esconde detrás de la universalización de conceptos, las sutiles marcas que imprime en la sociedad, los deberes que filtra, las normas que insta. En palabras de la autora:

(...) Este poder que tiene la ciencia o la teoría de actuar material y realmente sobre nuestros cuerpos y mentes no tiene nada de abstracto aunque el discurso que produzcan sí lo sea. Es una de las formas de la dominación, su verdadera expresión. Todos los oprimidos lo conocen y han tenido que vérselas con este poder que dice: - no tienes derecho a la palabra porque tu discurso no es científico, ni teórico, te equivocas en el nivel de análisis, confundes discurso y realidad, sostienes un discurso ingenuo, desconoces esta o aquella ciencia. (Wittig, 2006: 50)

Ciencia y poder acontecen profundamente involucrados. A pesar de que se pretenda mostrar una imagen pura y neutral sobre la producción científica, lo cierto es que tal producción deviene demarcada por intereses, sean éstos políticos, económicos o de diversa índole. Pues, detrás de los acuerdos científicos encontramos una sucesión de finalidades que deben surtir determinados efectos.

Cuando un determinado paradigma se impone, el conjunto de conceptos, teorías y prácticas que lo componen se posicionan como hegemónicas. Tenemos un discurso dominante que no sólo lucha en el ámbito científico por permanecer en dicho lugar sino que a su vez puja por su aceptación en la sociedad valiéndose de todo un arsenal de dispositivos que lo resguarden, como saberes, instituciones, prácticas sociales, medios de comunicación y difusión, cuando no es además una guerra quien sostiene una prédica discursiva con apariencia de científicidad.

Ahora bien, si hablamos de discursos dominantes también habrá que hablar de discursos dominados. Wittig subraya que “*todos los oprimidos lo conocen y han tenido que vérselas con este poder que dice: no tienes derecho a la palabra porque tu discurso no es científico, ni teórico...*” (Wittig, 2006: 50). Vemos puesto en juego el poder que ejerce la discursividad dominante, el poder de la prohibición. Al dominando sólo le queda como recurso sociocultural la tarea de obedecer las palabras de la autoridad. Al que no obre de acuerdo con los imperativos propuestos se le concede el lugar del discurso desautorizado, lo que equivale a decir que su palabra no tiene ningún valor.

Los dominados a los que refiere la autora son los discursos de mujeres, homosexuales, lesbianas; los dominantes, aquellos discursos de teóricos modernos y de las ciencias humanas que parten de lo que denomina “pensamiento heterosexual”. Se trata de un conglomerado de conceptos, categorías y teorías utilizadas por la ciencia contemporánea como los son: “mujer”, “hombre”, “sexo”, “diferencia”. Tales conceptos tienen como raíz común *la relación obligatoria social entre el hombre y la mujer*.

La relación heterosexual se postula como un principio evidente, como un dato anterior a toda ciencia dando como resultado una interpretación totalizadora de la historia, de la realidad social, de la cultura, de la constitución de fenómenos subjetivos, hasta del lenguaje. Esta relación ha sido naturalizada pues no se examina, está excluida del análisis crítico y es el punto de partida de todo análisis.

El pensamiento heterosexual, naturalizado, procede a universalizar su producción de conceptos formulando leyes generales que valen para todas las sociedades, épocas, individuos con el fundamento de que todo saber que se precie de serio debe ser universal. Se efectúa un análisis sobre seres invariantes donde ni los cambios históricos, ni las diferentes clases sociales, ni los distintos contextos tienen importancia, pues se trabaja sobre estructuras fijas: conductas, esquemas lingüísticos, mitos que revelarían la existencia de patrones comunes en toda la vida humana.

Es por ello que Wittig señala como, *el intercambio de mujeres, la diferencia de sexo, el inconsciente*, son categorías que no tienen sentido más que en un orden heterosexual donde produce la diferencia de los sexos como un dogma filosófico y político. Tal pensamiento deviene incapaz de concebir una cultura o sociedad donde la heterosexualidad no prescribiese las relaciones humanas, su producción de conceptos, así como también los procesos del inconsciente. Es así por ejemplo, que el inconsciente se estructura a partir de mitos y metáforas como el complejo de Edipo, la castración, el intercambio de mujeres, etc.

Por consiguiente, rechazar la obligación del contrato hétero como también las instituciones que dicha obligación produce como necesarias para constituir una sociedad, resulta imposible, pues al hacerlo se niega la posibilidad de la constitución del otro. Pero ¿Qué se oculta detrás de la constitución del otro? El otro es el otro-diferente. Wittig nos dice:

¿Qué es el otro/diferente sino el dominado? Porque la sociedad heterosexual no es la sociedad que oprime solamente a las lesbianas y

a los gays. Oprime a muchos otros/diferentes, oprime a todas las mujeres y a numerosas categorías de hombres, a todos los que están en situación de dominados [...] El concepto de diferencia de sexos, por ejemplo, constituye ontológicamente a las mujeres en otros/diferentes. Los hombres por su parte, no son los diferentes. Los blancos tampoco son los diferentes, ni los señores, diferentes son los negros y los esclavos (Wittig, 2006: 53)

El otro-diferente es el dominado. Constituir una diferencia es un acto de poder que normativiza. Cada uno intenta presentar al otro como diferente, sin embargo para lograrlo hay que ser social y sutilmente dominante. La diferencia enmascara y deforma los conflictos de intereses, pues por medio de ésta, la dominación es negada. Las mujeres, los homosexuales, las lesbianas no se nos presentan como dominados, se nos presentan como diferentes. Esta necesidad lógica y ontológica de la diferencia es la base del pensamiento heterosexual. Sin embargo, tal necesidad no existe más que en la forma en que los señores interpretan y justifican su situación histórica de dominación.

Ahora bien, el segundo tópico concierne a la acción política del lenguaje. Citando a Wittig:

(...) Porque hay otro orden de materialidad que es el del lenguaje, un orden que esta trabajado de arriba abajo por estos conceptos estratégicos. Este orden, a su vez, está directamente conectado con el campo político en el que todo cuanto atañe al lenguaje, a la ciencia y al pensamiento, remite a la persona en cuanto subjetividad, y a su relación con la sociedad. Y ya no podemos dejárselo al poder del pensamiento heterosexual o pensamiento de la dominación. (Wittig, 2008: 54)

La autora está planteando el uso del lenguaje como una posible herramienta de renovación para el escritor. Pues si los discursos del inconsciente estructural, por medio de la mitificación de sus conceptos heterosexualizan sistemáticamente la dimensión personal de los individuos, habrá que provocar desplazamientos discursivos que quiebren el contrato hétero como régimen político hegemónico.

Sabemos que el poder puede ser estudiado en su faceta negativa-represiva, como aquello que prohíbe, que niega e imposibilita el accionar de determinados grupos. Pero también sabemos que utiliza dispositivos que hacen que su funcionamiento sea más eficaz logrando la aprobación por parte de las masas. Es así que permite la circulación de discursos y realidades por el todo el cuerpo social (Foucault, 1992).

Los discursos de la sexualidad son uno de los tantos dispositivos que el poder pone en práctica. El psicoanálisis, la antropología, las ciencias humanas, conforman un bloque interdisciplinario que puede ser abordado pragmática y políticamente para dar cuenta del control de vida que se lleva a cabo en las sociedades contemporáneas (Foucault, 2008).

Wittig parafraseando a Barthes nos habla de “*no soportar ver la Naturaleza y la Historia confundidas a cada paso*” (Wittig, 2006: 55). Pues la naturaleza refiere a los discursos dominantes que petrificados, justifican la lógica dominante-dominado. Es necesario poner atención sobre éstas discursividades y entender que la naturaleza que se nos presenta, no es más que historia encubierta y fosilizada por sectores hegemónicos.

Ahora bien, si la diferencia sexual no tiene fundamento material necesario, si no es más que un hábito impuesto por la estructura del pensamiento heterosexual ¿Cómo salir de esta lógica binaria? Al respecto Wittig nos dice:

(...) ¿Qué es la mujer? Pánico, zafarrancho general de la defensa activa. Francamente es un problema que no tienen las lesbianas, por un cambio de perspectiva, y sería impropio decir que las lesbianas viven, se asocian, hacen el amor con mujeres porque “la mujer” no tiene sentido más que en los sistemas heterosexuales de pensamiento y en los sistemas económicos heterosexuales. Las lesbianas no son mujeres. (Wittig, 2006: 57)

La diferencia hombre-mujer, negro-blanco, entre otras, conforman un conjunto de normativas por medio de las cuales el pensamiento hétero constituye nuestras leyes, instituciones e historia. Es por ello que se propone “el lesbianismo” como concepto que escapa a dicha lógica. La lesbiana no es una mujer, ni económica, ni política, ni ideológicamente puesto que “la mujer” está constituida a partir de una relación social con un “hombre”.

Para salir de esta dicotomía habrá que desplazar, secularizar, multiplicar discursos. Pues una vez lograda la fragmentación de tal discurso dominante, llegamos a la obtención de nuevos conceptos: el cuerpo lesbiano como posición política que trasciende el imaginario heterosexual.

**Bibliografía**

Bloor, D. (1998). *Conocimiento e imaginario social*. España: Gedisa.

Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta.

Foucault, M. (2008). *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.

Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.